

no vamos a ningún lado), voy a poner a consideración de todos los Papeles de Berzategui, la prueba de la infamia cometida por nobilísimos escritores, estetas de la pluma, que inspiraron sus mejores relatos en el material producido por esclavos negros en la época de la Revolución. Fíjense si ciertos cuentos muy famosos de la literatura nacional no se parecen un poco a estos textos encontrados en viejos manuscritos, en papiros revolucionarios. Su reproducción facsimilar está disponible vía mail para quien así lo desee, mis chiris queridas, escribanme para toda duda o consulta, o para participar del sorteo por una cena y un ejemplar autografiado de este libro, a [cucurto@yahoo.com.ar](mailto:cucurto@yahoo.com.ar), con el asunto "1810" y sus datos y fantasías personales. A todos aquellos interesados puedo mostrar los incunables con la prueba de la infamia.

*Washington Cucurto, 1810. La  
revelación de mi vida  
por los papeles. Buenos Aires  
Finco, 2001*

## Dama tocada<sup>1</sup>

En la ribera del Riachuelo, con unos negros vivíamos en un yotibenco, por supuesto, amigos, distraía mucho de los yotis de chapas colorinches que un siglo después se popularizarían entre los inmigrantes calabreses y napolitanos que llegarían desde Europa imperial a la América castiza y virgen.

Hay que tomarlo con carpa: eran unos ranchitos de adobe con techos de paja y un maderón de algarrobo que tenían el espíritu, el aire, el drama de los conventillos de los siglos XIX y XX. Es decir, eran una joda de sexo, cuchilleros, música, obreraje, pasión e injusticias de todo tipo. Era un placer vivir en esos ranchos. Yo tengo doce años y 33 días y soñaba con el líder de la revolución que, por el 1800, se pregonaba a los santos gritos en los panfletos y diarios de la época.

Yo vivía con dos negros "iberados" por la Corona española. Para estos seres frescos, no paralizados por puestos, sin partido político ni religión, sin ambición más que la de vivir cada día, con ganas de sexualizar la vida a tal punto que sólo fuera eso, traídos del África en

<sup>1</sup> Los expertos, las lectoras adolescentes de vincha y morral, los eternos soñadores del mundo reconocerán acá el origen del afano efectuado por un importante escritor argentino del boom.

barcos carboneros, imagínense lo que puede provocar el descubrimiento de la ciudad.

Imagínense vivir con seres que hasta hace un par de días tenían menos condición social que una mesa, una silla, un ropero, y de pronto zas, la libertad. Caminaban por la calle sin cadenas, sin la necesidad espantosa de sostenerle la vela al amo. Se estrellaban contra los barotes de la libertad. Descontrolaban que daba asco, joda, joda y concha.

Clodoaldo Maripili y Azulino Sepúlveda eran del sur de Nigeria. Los conocí en la calle y nos metimos al ranchito y ahí vivíamos. Nos pasábamos los días encerrados, cogiendo a lo loco, siempre había unas mozuellas dispuestas a entregar el culo en pos de una buena verga del África. Es increíble la patología sexual de algunas minas, cómo se calentaban con los esclavos, lo prohibido, el fruto intocable, pues aquella a la que se descubriera sobándole el tronco a un negro era quemada viva, como en la época de la Inquisición. ¡Y se encontraban guainas a lo loco, incluso hasta damas distinguidas, esposas de verdaderos jefes políticos, gurúes de la Corona en el Virreinato!

Como les decía, tremendísimo, cien puntos de reiting eran los que tenían los negros con las minas. Y ni les cuento, ¡o sí!, no seas, moco, coño, el exitón-pingón de mis amigotes, Clodo y Azu del África.

Al tiempo —nos aburrimos de bailar cumb y tomar cerveza Condorina— llegaron unas damiselas españolas que rajaban la tierra, dos hermanitas letales, Victoria e Irene Campos, unas oligarcas con un espíritu burgués que asustaba, las dos eran poetas, Victoria además tocaba la flauta.

Las levantamos en la calle, y nos llevaron a sus mansiones de tres pisos con jardincito al fondo y rosas ne-

gras del África. Burguesía a full. Piano, vasos de cristal, pisos de pinotea plastificados, arañas de tres mil piezas de vidrio. Alfombra.

Tenían de noviecitos a dos boludos que se pasaban el día leyendo literatura francesa. Unos manes aburridos del ocio, unos tipos que hablaban cosas raras, y hasta medio putos. ¿Cómo será ser medio puto? ¡Dejémoslos de joder, no hay tiempo para oler o ver el seranal de cada uno!

A las conchetitas estas las pegamos cerca del muelle del Retiro. Y cuando nos abrieron la puerta de su casa todo cambió en nuestras vidas. A los afros y a mí nos comenzó a picar el bichito del lujo, nunca habíamos estado en una casa tan grande, ¡así era España? La hispanidad se nos metió por el rabillo del orto. La casa era espaciosa y bien colonial (tanto y tanto nos alejaba del yoti aquel en el que vivíamos habituados a coger nos negritas cursientas, que hasta ya extrañábamos con melancólica vanidad!) Según cuentan las malas lenguas, la casa era propiedad pasada del general San Martín y era usada para armar feticheolas secretas por los miembros de la Primera Junta de Gobierno. ¡Los polvos que se habrán echado los hermanitos Moreno en estos finos sofás de panal! ¿Y las ex hermanitas Campos, ¡cuántas matracas se habrán comido por atrás gracias a sus influencias de la Corona?

Nos daba pena la idea de saber que permaneceríamos ahí por unas horas y al final, como nos pasa siempre, seríamos expulsados de la historia con una buena patada en el culo.

Pero antes de seguir hablando de la casa y los negros y los putos que son mi tema, les cuento cómo se aceleró la cosa: después del meteponga, con el vientre entumecido de semen afro, las dos conchetitas aburguesadas

nos querían dar salida para, al instante, meter otros negros más.

—Bueno, muchachos, ya es hora de irse...

El amanecer estaba vacío porque yo lo vi por la ventana. Clodoaldo, en un rapto de furia, sin procesar en su cerebro de inmigrante analfabeta (la Corona había cambiado de categoría a los esclavos afros, llamándonos inmigrantes), como la española de cuarta no se le vantaba de la cama adorándolo, o por lo menos dándole un beso en la punta de la pija, se paró de la cama violento.

—¡Puita del orto, re guá a sé puré! ¡Por lo menos hacete unos huevos fitos para el desayuno!

Y le zumbó con alas de avispa dos severos cachetazos. España se encontraba de rodillas en la alfombra del dormitorio. Irene, mi amor, quiso defender a su hermana y le tuve que bajar los dientes con el velador de la cómoda. ¡Nada más cómodo! Y bueno, les cuento no les cuento, las infamamos de lo lindo, las esclavizamos, las hicimos jabón al revés, un rato. Semanas después salimos de noticias en los diarios, pero tarde, porque los diarios siempre llegan tarde a la matanza.

Y así comienza, a grandes rasgos, este despepite. Nos gustó el lujo, la vida poética de los burgueses y los sanguchitos de miga. Con respecto a los puitos, los sacamos a las patadas en el culo a la calle. Tiramos el piano, la biblioteca, las mesas ratonas de vidrio, el ropero hasta con zapatitos de cristal. ¡Un piano, un rope, una biblioteca, nunca vimos cosas tan inútiles!

Y nos quedamos para nosotros a las hermanitas Campos y la casa. ¿Qué necesidad tenía el duende de volver al ranchito de la orilla del río, con tantas piezas a nuestra disposición?

La casa es el tema nuestro y de 40 millones de argentinos. La casa siempre imposible, el sueño eterno, lejano impropio para nuestra pobreza. Cómo no acordarme de los lujos y comodidades de la casa. Un balcón terraza daba de lleno con la vista al río. Desde esas alturas, en días limpios, se veía la orilla de Montevideo. Desde la parte trasera de la terraza, dándole la espalda al río y a Montevideo, se veía la pérgola del Cabildo y a los comediantes de la Primera Junta. Ya lo dijo un linotipista erudito y el gorila proyanqui: "Lo mejor que nos puede pasar es ser colonia, así que de una buena vez terminemos con este trinvirato".

El comedor era un espectáculo, no me olvidaré nunca, una mesa para doce comensales, una sala para estar sin hacer nada y cinco dormitorios al fondo. Yo por miedo no entraba nunca en esas piezas, que por otra parte parecían estar cerradas con llave. Ni Clodo ni Azu del África se atrevieron a meter narices ahí dentro, no vaya a ser que nos llevemos una sorpresa.

Liquidadas Victrola e Irene, ¿qué íbamos a hacer en semejante mansión los tres solitarios?

La entrada de la casa daba a la calle Roma y del otro lado se veía un rectángulo de tierra: era el lado oeste de la Plaza Buenos Aires (actual Plaza de Mayo). Se entraba en la casa por un zaguán del cual nadie salía ileso, había muebles en la oscuridad y las chicas podían caer y había otras cosas... El zaguán estaba lleno de puertas que daban a todas las piezas de la casa. O sea que uno podía salir de su pieza hacia la calle sin necesidad de saludar a nadie.

La paz inundaba el recinto y nos la pasábamos adentro sin necesidad de salir. La cocina estaba llena de embuidos para tirar varios meses. Una bolsa de arpillera es-

taba llena de yerba y marihuana mezclada, así que fumábamos o tomábamos mate cocido con el mismo efecto.

Mis dos amiguitos del África se pasaban el santo día tirados en la cama o tomando mate en el patio de aljibes de la casa. Azu leía cómics eróticos españoles, los primeros del mundo. Clodo quería aprender francés y leía a los clásicos burgueses dejados en la vida por las dos muertas. Y así pasábamos los días, rascándonos los huevos.

Una mañana nos despertamos con ganas de comer unos bizcochitos de grasa y nos fuimos a la cocina. La puerta estaba cerrada. La quisimos abrir de todos modos, pero no hubo caso, alguien la había cerrado con llave por dentro. Mis amiguitos del África, que no creen en los fantasmas y tenían hambre, la rompieron a chazos. Y nos sentamos a matear en frío.

A mí, que tengo dos dedos de frente, me llamó la atención el tema de la puerta cerrada. ¿Quién la había cerrado y para qué? Era evidente que si no fue uno de los tres, otra persona vivía adentro. ¿Sería el espíritu de una de las Campos? ¿Habían vuelto los putos sin avismarnos? Me incliné por la última opción y me olvidé del tema, no sin antes recalcarle que haría unas guardias nocturnas para descubrir al chistoso.

Mis amiguitos del África seguían comiqueando y comiendo a mansalva. La casa se llenaba de ropa sucia y de desperdicios de la comida. A la semana estábamos inundados de desechos. Clodo propuso esconderlos en una de las piezas del fondo, a las cuales se llegaba pasando el patio.

—Bueno, ¿quién va?

—Yo no, estoy leyendo Condorito —dijo Clodo.

—Está bien, voy yo —les dije para no alargar la conversación. Ustedes sigan haciendo nada...

Y me fui a las piezas un poco disgustado. La noche ya se caía a pedazos. En un segundo me descubrí solo entre el patio oscuro y las piezas cerradas. Algo sacudía las puertas de madera desde adentro de las piezas. Para desgracia mía, Clodoaldo apagó la última luz nocturna del comedor y se fue a dormir. Algo volvió a golpear la puerta de la pieza, queriendo salir. Corrí al comedor a contarle a mis amigos, que se levantaron de sus sofás enojados.

—¿Qué te pasa, Cucurú?

—Escuché ruidos en las piezas del fondo...

—Dale, dejate de joder, ahí no hay nadie...

—Andá, dale, sacá la basura a la calle...

Y cuando salí a la calle me encontré en la puerta de casa con una turba de niños, mujeres, ancianos, toda la parentela de Clodoaldo Maripili, recién llegadita de Nigeria. Olvidé el incidente.

¡Me quería morir! La paz parecía inexorablemente a punto de extinguirse. Por suerte, vinieron unas mulatitas con las cuales me divertí un tiempo. Pero eran tan puercas, no limpiaban nada, hacían sus necesidades encima de los sillones como si estuvieran en un manglar del África. Bochincheaban de lo lindo sin parar.

Al otro día amaneció la puerta de la cocina cerrada. Sin duda, había uno de los putos tratando de asustarnos. No le dimos importancia y la volvimos a forzar.

Al otro día la cosa se había complicado, todas las puertas estaban llaveadas, incluso la de los baños que estaban ubicados al lado de las piezas del fondo.

No nos quedó más remedio que acomodarnos en el comedor y en el patio.

El abuelo de Clodoaldo Maripili, un anciano de más de cien años de soledad, nos dijo temblando:



—Muchachos, como vemos, sólo hay una pieza. No hay lugar en la casa. El comedor será tomado por la familia.

—Los demás pueden ir al patio —dijo una de las mulatas.

El quilombo era cada día más intenso y de un día para otro se cerró la puerta del comedor y quedamos en el patio, a la intemperie.

La familia quedó adentro de la casa, en el comedor, extrañamente encerrados. Ellos creían que estaban a salvo, pero era evidente que algo los estaba encerrando para siempre. Cuatro generaciones de personas, abuelo, madre, nietos y bisnietos, se quedaban a salvo de las injusticias que el mundo podría darles.

Yo, que tengo dos dedos de frente, me di cuenta de que lo mismo ocurría con las demás piezas que habían sido tomadas a la fuerza, en ellas permanecerían personas encerradas.

Fue ahí cuando percibí cómo la llave de la pieza del comedor giraba para siempre.

Decidimos irnos antes de quedar encerrados, corrimos hacia la puerta cancel de entrada y tratamos de abrirla pero estaba cerrada. La llave estaba en el cuerpo de una de las hermanitas Campos. Ya no sé cuál, ¿Victoria o Irene? Cuando abrimos la puerta y salimos a la calle fue una sensación de libertad única. La puerta se cerró de golpe, dejándonos afuera. Al fin, nos habíamos librado de España, Salimos con lo que teníamos puesto, mientras los críos y la Pequeña África seguían funcionando a full dentro de la casa.

Contentos, en la calle, se nos aparecieron tres negritas y las llevamos a tomarnos unas cervas a nuestro yotí ilustre de la ribera del río.

—¡Clodo, tirá las llaves! —le dije con una negrita del brazo.

—Sos loco, vos, un botellero me da dos pesos por el cobre.